

CONFIGURACION DEL PRIMER HUMANISMO OCCIDENTAL

POR

MIGUEL ESPINOSA

INTRODUCCIÓN

Para entender con suficiencia este trabajo conviene admitir los puntos de vista del autor, a saber:

Que hay un sentir estético y un sentir eidético del mundo. Que el primero resulta irracional y mágico; y el segundo, típicamente racional y lógico. Que el sentir estético antepone la verdad, entendida como Ethos, trascendencia y ultimidad, a la realidad, entendida como naturaleza y razón. Que, por el contrario, el sentir eidético antepone la realidad a la verdad. Que tales sentires no pertenecen solamente al individuo aislado, sino a los grupos o razas, resultando, por ello, eminentemente históricos. Que el sentir estético es específico de Oriente, y el sentir eidético, de Occidente, concebido como suceso iniciado por Grecia e interrumpido por las invasiones bárbaras.

Que la historia occidental puede dividirse en etapas correspondientes a culturas del sentir estético, culturas del sentir eidético y culturas de síntesis entre ambos. Que la llamada cultura clásica o antigua es símbolo originario del sentir eidético. Que, tras la caída del mundo antiguo, llega una primera Edad Media, o Edad Media *estética*, que va desde el Concilio de Nicea (325) al siglo XII. Que seguidamente ábrase el período de una segunda Edad Media, o Edad Media *sintética*, donde se realiza la avenencia entre el viejo sentir mágico y el sentir racional, descubierto a partir del siglo XIII como patrimonio de los antiguos, y representado por la filosofía de Aristóteles. Que esta segunda Edad Media abarca hasta la revolución religiosa, debiéndose a su presencia la configuración de los elementos característicos del Occidente moderno.

Que durante el referido período aparece en Europa, al par que el movimiento escolástico, el proceso de los humanismos, encarnación contemporánea del ideal eidético, entendido como ideal de la Hélade. Que, desde entonces, tal ideal es una constante en la historia europea, habiendo producido *cuatro* clases de humanismos: El primer humanismo (renacimiento italiano, renacimiento nórdico), interrumpido por la reforma protestante; el segundo humanismo (racionalismo postcar-

tesiano, jusnaturalismo, descubrimiento de las ciencias naturales); el tercer humanismo (racionalismo paidético de la ilustración), y el cuarto humanismo (Hölderlin, Nietzsche y la cultura historicista alemana). Que el ideal de la Hélade, aun conservando unos fundamentales caracteres comunes, resulta diferente en cada uno de estos procesos humanistas.

Que en nuestros días no existe ningún humanismo, habiéndose quebrado la presencia del ideal de la Hélade en Occidente. Que, por constitución originaria y propia historia y concepción del mundo, los Estados Unidos y Rusia resultan enemigos de todo humanismo. Que Europa ha dejado de ser occidental para convertirse en occidentalista, como la antigua Grecia se convirtió en helenística. Que, por último, podemos plantearnos la cuestión de si surgirá en Europa un quinto humanismo.

I

EL SIGLO XII

Al comenzar el segundo milenio, la conciencia oriental del espíritu, concebido como algo eminentemente confuso, sucio y negativo, ganó parte del alma medioeval, sumida en trance de perder los vestigios de la herencia grecolatina, es decir, los últimos rasgos de su constitución occidental. El ansia de un conocimiento irracional y posesivo de la verdad, el grado ínfimo de autoridad a que había llegado la razón y la exacerbación de la expresión mágica del mundo, coincidieron en configurar un fenómeno de histerismo y melancolía general, que estuvo a punto de sumir Europa en la barbarie del nihilismo, la dejadez y la renuncia definitiva a toda jerarquización racional de las cosas. El odio instintivo hacia la realidad, tan característico de las grandes razas empeñadas en negar la belleza, la alegría y la espontaneidad de la vida; la valoración trascendente de lo absoluto, irracional y abstracto, tan típico de la conciencia oriental, y la identificación entre intuición mágica, o percepción elemental, y verdad, conformaron un específico tipo de alma mística, que se creyó a sí misma encarnación originaria de la predicación evangélica, entendida como camino y esperanza.

La más alta y concreta expresión de este fenómeno se manifestó en las herejías que florecieron durante el siglo XII, consideradas hoy como errores contra la sociedad y la misión terrena de la Iglesia, en cuanto conjunto de esquemas modeladores de la comunidad, mejor que como errores contra la fe misma. Los cátaros o puros, que pretendían

poseer el don de la consolación en la tragedia de estar en el mundo, y que alcanzaron un rigor ascético y un desprecio de la naturaleza humana verdaderamente asiáticos, situaron la más alta sabiduría intuitiva en la llamada *endura* o busca de la muerte por la total privación. Pedro de Brys (quemado en 1126), Pedro Waldo (condenado en 1179, excomulgado en 1181), Arnaldo de Brescia (quemado en Roma, bajo Adriano IV), Joaquín de Fiore (1145-1202), Amauro de Bene (muerto en 1207) y David de Dinat (muerto en 1215), representaron la misma ambición nihilista de pobreza, renuncia, oposición a toda paidéia, ascetismo y aniquilamiento. Tan extravagante ideal viose igualmente encarnado en el espíritu, algo más ortodoxo, de las órdenes mendicantes, admitidas por el Concilio de Letrán.

Una revolución semejante a la que derribó el mundo antiguo parecía convocarse para derrumbar el medioeval. Los últimos rasgos del ideal helénico palpitante en el cristianismo, su herencia platónica y su buen sentido romano, estaban a punto de perderse, dejando amplio campo a la barbarie del sentir estético llevado a ultranza. La primera Edad Media, que había antepuesto la verdad a la realidad, se halló entonces ante el peligro de caer en el éxtasis de un misticismo que situara al hombre en el más ínfimo lugar de la jerarquía de las cosas, como sucedió en Oriente.

Es obvio que a un proceso sólo puede oponerse otro proceso. Pero también resulta claro que los procesos, en cuanto movimientos de ideas, no pueden ser inventados por la autoridad, ya que nacen en la sociedad, son incontrolables y poseen un origen explicable *a posteriori*. La Iglesia reaccionó inmediatamente contra el fenómeno de general nihilismo; mas su lucha no hubiese dejado de ser local y torpe, como es la acción de la estaca frente a la fatalidad histórica, si no hubiera surgido otro proceso vigoroso y antitético, apenas previsto ni querido por la misma Iglesia, si bien recogido con vehemente simpatía. Veamos de analizarlo desde nuestro punto de vista.

II

LA OBRA SINTÉTICA DE LA ESCOLÁSTICA

La cultura de la primera Edad Media poseía ya un sistema de verdades alcanzadas a través de la intuición trágica. El peligro de nihilismo y disolución de esta cultura apareció, como hemos visto, en el siglo XII, con tenaz empeño; para conjurarle, bastaba conceder a la realidad, en cuanto razón, un lugar en el esquema mágico de valores,

lo cual equivalía a configurar bajo formas eidéticas los hallazgos alcanzados por la sabiduría de salvación. Tal fue la obra realizada por la escolástica.

El saber eidético de la antigüedad apareció oportunamente en la figura de Aristóteles, descubierto por la especulación abstracta de la filosofía árabe. En menos de veinte años, la doctrina del estagirita señoreó Europa, ávida de razón, a pesar de la oposición del viejo espíritu estético, encarnado en el platonismo de los agustinos y franciscanos. Alberto el Magno y Tomás de Aquino realizaron, definitivamente, la configuración formal lógica de la sabiduría mágica en moldes racionales, donados por el ideal de la Hélade. Así se verificó una sutil revolución *capaz de perpetuar en figuras eidéticas, perennes y correctas, el saber intuitivo* de la primera Edad Media.

La escolástica apareció, pues, como un inmenso andamio de formas construídas para recibir el contenido de la sabiduría estética, dada *a priori*. Más que una filosofía fue un nuevo método y una disciplina que sometió las creaciones del sentir estético al rigor del juicio. Se ha dicho que el tomismo cristianizó a Aristóteles, pero mejor se diría que peripatizó el contenido de la cultura estética medioeval, concediendo valor real al mundo, a la naturaleza y a la razón. Asombra imaginar hasta qué extremos nihilistas hubiese llegado Europa sin esta presencia oportuna del estagirita, que salvó a Occidente del sueño místico dormido por el Asia.

III

CONFIGURACIÓN DEL HUMANISMO

A partir de la síntesis realizada por la escolástica se pergeñaron los más originarios rasgos del hombre moderno occidental, tal y como aparece desde la eclosión de los renacimientos. En efecto: la conformación del Occidente moderno fue verificándose en un proceso paralelo a la cristianización del viejo flúido estético medioeval en moldes aristotélicos. Admitida la presencia de la realidad en la sinopsis medioeval de valores, pudo ir naciendo, poco a poco, cierta confianza en la obra del hombre, considerado como parte espontánea de la *rerum natura*, no ya como trágico compuesto de cuerpo y alma. Tal confianza surgió de una manera inicialmente tímida e inquieta, es decir, como una especie de inocente asombro y de amorosa y tierna sensibilidad para el mundo que descubre.

Hasta el presente, Occidente no registra un acontecimiento tan

misterioso y delicado como este *inquietarse* del alma mágica medioeval hacia el final de sus siglos propios, por natural intuición de la realidad y del sentir eidético. No sólo en Italia, donde habían aparecido las repúblicas de mercaderes, con el típico espíritu liberal del comercio, sino también en los Países Bajos y en el centro de Europa, donde surgió la burguesía como clase especificada, nació una sutil nostalgia por un mundo más claro, civil y limpio, unida a la inclinación vehemente por las formas naturales de saber, que podían convertir la vida en algo más bello.

Llamaremos primer humanismo occidental a la cristalización de esta fina inquietud de la sociedad medioeval en *un proceso intelectual y sensitivo que tenía la obra de la escolástica como antecedente necesario; el saber antiguo, como patrimonio recién descubierto; el ideal de la Hélade, como ambición, y el ansia de conformar un mundo claro y bello, como propósito.*

El primer humanismo occidental, igual que todo proceso humanista, se reveló sustancialmente como un hacer paidético, fundamentado en la síntesis entre naturaleza, razón y hombre. Por ello, su obra resultó dirigida a la comunidad, no a la intimidad del individuo. Es obvio, por lo demás, que todo verdadero humanismo tiende a realizar la politeia, no la interioridad; es educación, no consuelo.

En el siguiente esquema trataremos de resumir el contenido de este primer humanismo:

- A) Primacía de la realidad, que se revela como naturaleza, en las cosas, y razón, en el hombre.
- B) Autoridad consiguiente de la naturaleza de las cosas y de la razón.
- C) Importancia del hombre, como expresión total del mundo.
- D) Primacía de la educación como hacer que sintetiza en el hombre la naturaleza y la razón.
- E) Unidad del hombre en cuanto producto eminente de esta síntesis.
- F) Ausencia de toda concepción dualista y, por tanto, de todo sentir trágico del mundo.
- G) Optimismo antropológico, deducido del lugar preeminente del hombre en el Cosmos y de la fe en la educación como proceso de configuración humana.
- H) Importancia de la comunidad como objeto del hacer paidético. El hacer en la comunidad como el fin más alto de la persona humana, según el modelo del hombre griego.
- I) Fe en el progreso de la comunidad y en la liberación de la angustia trágica por medio de la educación.
- J) Ambición de poseer la Tierra con la sabiduría natural del hombre.
- K) Concepción de la Divinidad como centro de toda paideia. Influencia de la triada griega: piedad hacia los dioses, piedad hacia el Estado y piedad hacia los semejantes.

No es difícil adivinar en el contenido de estas premisas el ideal de Grecia. Es sabido cómo la cultura helena simbolizó el más alto grado de humanismo, pero también es sabido que tal humanismo no fue atemporal ni existió como sustancia inmóvil y constitutiva del

alma antigua, sino como ambición de la paideia que propugnó el siglo de Platón, y que recogió el helenismo. Antes de Platón, el alma griega pugna entre la dualidad representada por Dionisos y Apolo, la poesía y la filosofía, la tragedia y la razón, el demiurgo y la eideia, elementos tan helénicos como la humanitas platónica. Esta advertencia nos servirá para distinguir, en su momento, el concepto de ideal de la Hélade en cada uno de los humanismos occidentales, y para aseverar, desde ahora, que el primer humanismo calcó su modelo del propio ideal platónico, recogido por los alejandrinos y asumido por Roma, de donde llegó a la Edad Media.

IV

EL HIERATISMO ECLESIAÍSTICO

Al tiempo que se desarrollaba el proceso humanista, por obra de individualidades poderosas, la vieja cultura estética medioeval íbase endureciendo en los moldes de la escolástica, hasta perder su carácter vivo y convertirse en cultura de albaceas. En efecto: la disciplina lógica fue transformando el método en sustancia, y la técnica en contenido. El más bárbaro de los racionalismos invadió los ánimos, y cometió todo poder creador de los silogismos. Las summas degeneraron en Brachylogus y Mammetrectus; el antiguo vigor estético, en administración; las ideas, en palabras, y las creencias, en intereses, hasta dejar el mundo lleno de silogismos y prebendas.

Llamaremos hieratismo eclesiástico al *fenómeno de endurecimiento de la cultura estética medioeval al final de sus propios siglos*, que produjo un divorcio entre todo sentir espontáneo, ya eidético o ya específicamente estético, y las instituciones sociales habidas como vigentes. Es de advertir que este fenómeno no fue solamente específico de la Edad Media, sino también de cualquier época final.

He aquí el esquema de valores de la sociedad hierática medioeval:

- A) La autoridad de las citas como verdad.
- B) El Ethos deducido de la autoridad.
- C) La salvación deducida del Ethos y de la autoridad.
- D) La sabiduría a través de figuras formales.
- E) El saber de salvación en estancos-compartimentos.
- F) El estar en el mundo como administración del alma.

Bajo la barbarie de este esquema se configuraron y desarrollaron las instituciones del final del medioevo, construyendo una sabiduría contemporánea, una conciencia de prestigio y un estado de cosas que perduraron, en muchos países sin proceso humanista, hasta bien adentrado el siglo XVIII.

V

EL FENÓMENO DE LOS RENACIMIENTOS

Para advertir la diferencia entre proceso y fenómeno, expondre-mos los siguientes postulados:

- 1.º Las ideas preceden a los hechos.
- 2.º Las ideas forman *procesos*.
- 3.º Los procesos devienen en *fenómenos*.
- 4.º Los fenómenos, no obstante, se apoyan también en hechos. Todo nuevo ideal tiene su génesis en un proceso y en la *situación* misma del estado contemporáneo de cosas.
- 5.º Cuando se trata de cambiar una materialidad social y política, coinciden los fenómenos resultados de procesos y los fenómenos deducidos de la misma materialidad, es decir, las ideas y la rebeldía.
- 6.º El cambio de un estado de cosas es impulsado desde lo más profundo y originario de la realidad que se pretende revisar. Toda revolución es un movimiento de reforma, no de comienzo.
- 7.º Entre la voluntad que impulsa una revolución y la naturaleza de las cosas ábrese la indeterminación soberana de la Historia, que aparece como la resultante del ideal pretendido, en cuanto deber-ser, y la naturaleza del mundo y del hombre. La historia se produce, por tanto, como suceso ajeno a los humanos.

De acuerdo con estas premisas, al finalizar el siglo xv, el proceso general del humanismo medioeval produjo dos fenómenos bien diferentes, según los estados de cosas habidos al sur y al norte de los Alpes. Tales son los fenómenos del renacimiento italiano y renacimiento nórdico, que, aun siendo productos de un mismo acaecer ideológico, no pueden ser considerados de igual forma. Por consiguiente, veamos de analizarlos separadamente.

VI

EL RENACIMIENTO ITALIANO

Conforme se recrudecía el hieratismo eclesiástico, el proceso del humanismo abocaba en Italia al fenómeno del renacimiento. En el seno mismo de la sociedad eclesiástica hieratizada, y de acuerdo con el instinto de sus jerarquías más eminentes, el ideal humanista encontró facilidad para desenvolver lo que tenía de buen gusto y de cultivo de la personalidad, mas no lo que poseía de movimiento típicamente ideológico, de paideia dirigida hacia la comunidad y de antítesis de la concepción intimista y medioeval del mundo.

El renacimiento italiano, ya en su primera manifestación cuatrocentista, más originaria, o ya en su segunda forma cinquecentista, menos alta y bella, *surgió con caracteres de continuidad medioeval y como movimiento de individualidades aristocráticas que pretendían*

cultivar su personalidad. Desde Nicolás V (1447-1455), el primer Papa humanista, hasta el saco de Roma por Carlos V (1527), el ideal renacentista, ora latinista y clasicista en las jerarquías eclesiásticas, ora realista y cínico en los señores que luchaban por el poder natural, se reveló como fenómeno de engrandecimiento de la intimidad humana, liberada de trabas éticas y elevadas por la plástica artística y por la acción al más alto grado de indeterminación, jamás como encarnación de la expresión eidética del mundo frente al sentir mágico y sus formas de vida. De ahí que su obra resultara típicamente artesana (arquitectura, escultura, pintura), nunca ideológica, positiva y social, ya que nada hay tan dócil a la expresión de la personalidad como el arte mismo.

Los renacentistas italianos se revelaron generalmente como artistas o como hombres de acción, es decir, como puras individualidades impulsadas por un poder irracional; en suma: como primitivos. La libertad de espíritu recién descubierta para el arte y la aventura política produjo un diluvio de formas e historias. Desde la unión mágica de la pintura de los cuatrocentistas, hasta el pathos propagandístico de Miguel Angel, los hallazgos y los estilos se suceden en febril efervescencia; igualmente las anécdotas. Tanto en arte como en política se copia la naturaleza y se admira su formidable espontaneidad, pero no se crea ningún sistema eidético. El concepto que los italianos poseían del Ideal de la Hélade ignoraba la síntesis helénica entre naturaleza, razón y hombre, es decir, la paideia. Su modelo fue Roma, entendida como arquetipo de una ambición que después había de llamarse nietzscheana.

La ausencia del ideal paidético en el renacimiento italiano repercutió en la primacía de la individualidad sobre la comunidad y del sentimiento sobre la eideia, hinchazón intimista que está fuera de todo verdadero humanismo. Ello fue causa de la falta de equilibrio entre la *rerum natura* y el hombre, vieja ambición de la Hélade. La educación se entendió así como configuración de la intimidad para la belleza del individuo, no como hacer en la comunidad. Por tanto, se despreció la noción de Estado, en cuanto expresión de una totalidad cultural, arquetipo del humanismo griego, y se la sustituyó por el concepto de poder engrandecido en la lucha natural de poderes. Tal muestra la obra de Nicolás Maquiavelo (1467-1527): una ambición que entusiasmaría a Nietzsche, pero que repugnaría a Platón.

Resumamos los caracteres del renacimiento italiano en este breve esquema:

- A) Primacía de la realidad, entendida simplemente como naturaleza, sobre la verdad.
- B) Primacía de lo irracional sobre la eideia.

- C) Primacía de las formas expresivas de la individualidad sobre las de la comunidad.
- D) Primacía de las figuras plásticas sobre las eidéticas.
- E) Primacía del individuo sobre la comunidad. Ausencia del sentir de comunidad como totalidad. El Estado como poder natural engrandecido.
- F) Primacía del poder político natural sobre el poder conferido (medieval) o racional (moderno).
- G) Falta de sentir antitético del mundo medieval.

VII

EL RENACIMIENTO NÓRDICO

Mientras el humanismo floreció en Italia dentro de la propia casta hieratizada, en la Europa transalpina creció en el seno de la comunidad civil, recién conformada como sociedad de mercaderes y artesanos, es decir, como burguesía. Esta diferencia cambió la dirección del proceso humanista nórdico, que mostróse, desde el principio, como específicamente antitético. El resultado fue la configuración de un renacimiento bien distinto al italiano, pues si en Italia destacó cuanto el humanismo poseía de buen gusto y de cultivo de la personalidad, en la Europa transalpina floreció lo que tenía de movimiento ideológico, de paideia dirigida hacia la comunidad y de antítesis de la concepción medieval e intimista del mundo.

Los renacentistas italianos, como ya sabemos, pergeñaron su obra a impulsos de la expresión de la personalidad, la belleza plástica y la acción; los nórdicos, en nombre de un valor recientemente descubierto por la sociedad burguesa: el buen sentido. En la acepción aquí usada, la palabra sentido posee un carácter típico, que no debe confundirse con el sentir ni la razón. Sentir es la expresión del mundo que alberga un determinado tipo de alma, y pertenece, por entero, al patrimonio de la comunidad, apareciendo, por lo demás, como poder extrarracional. Razón es la relación entre la realidad o *rerum natura*, y el intelecto, configurada como forma del mundo. Sentido es la síntesis entre concepto y sentimiento, razón y sensibilidad, idealidad y necesidad, ser y deber ser. Buen sentido equivale a sinopsis equilibrada, ponderación, humanistas, justa medida. La antítesis del buen sentido es la extravagancia de la letra muerta, el silogismo, la autoridad de las citas, el dogmatismo, la lógica encasillada, los *brachylogus* y *mammetrectus*. La encarnación de buen sentido, según se desprende de Erasmo, son las *bonae literae*, génesis de claridad, limpieza, educación, civilidad y belleza.

En nombre del buen sentido, que muchas veces coincidió con el

propio sentido común de la burguesía, el ideal humanista nórdico, típicamente tenaz, pergeñó los caracteres de un Occidente penseroso y racionalista, crítico y mordaz, como se vislumbró en la obra de Erasmo (1466-1536), Ulrich von Hutten (1488-1523) y Rabelais (1490-1553). Este Occidente nació didáctico y pedagógico, dado a dilucidar, moralizar y humanizar. Espíritus como Montaigne (muerto en 1490) y Cervantes fueron sus más tardíos productos (1).

Conviene advertir que el renacimiento nórdico jamás copió la Naturaleza, a la manera del italiano, ni colocó en la acción o en el cultivo de la personalidad la más alta ambición humana. Antes bien: el ideal de estudio y retraimiento, la fe en el carácter victorioso de la causa humanista y el afán de combatir los valores del viejo mundo medioeval, invadieron la Europa transalpina, que no intervino en los descubrimientos y conquistas de nuevas tierras, empeño de españoles, portugueses e italianos. Por lo demás, es obvio que la valoración y el cultivo de la personalidad, ya por la realización del buen gusto, o ya por la materialización de la obra política, resultan categorías típicas de una sociedad estructurada en castas, donde las relaciones humanas giran en torno al séquito y la intriga, formas de vida que repudiaba la incipiente sociedad burguesa.

Frente al renacimiento italiano, el renacimiento nórdico surgió como *movimiento de reforma social e intelectual*, específicamente dotado de actitud crítica. De ahí que resultara popular, y de ahí también que lograra configurar un nuevo tipo de alma europea, ambición que no alcanzó el renacimiento italiano, sólo capaz de producir el ejemplo de grandes personalidades aisladas y un buen número de anécdotas. Entre Erasmo y la conciencia medioeval típica hay más distancia que entre Miguel Angel y la misma conciencia. En efecto: ambas individualidades están separadas por la sociedad hierática.

La presencia del ideal paidético y crítico en el renacimiento nórdico produjo la conciencia de primacía de la comunidad sobre la individualidad, y de la eideia, entendida como buen sentido, sobre el sentimiento y el Ethos, jerarquización presente en todo verdadero humanismo. Ello condujo a un racional equilibrio entre el hombre y la *rerum natura*, armonía que rompió la revolución religiosa. La educación se concibió como hacer para la comunidad. Por ello se criticó la idea natural del poder, tan ensalzada por el renacimiento italiano, y se pensó fundamentar la justificación del Estado sobre síntesis pura-

(1) Convendría estudiar alguna vez la personalidad de Cervantes como alma típicamente renacentista, paidética y optimista, más nórdica y erasmiana que latina. Frente a sus contemporáneos españoles, y frente a los barrocos, Cervantes es un moderno.

mente racionales, una vez que pudo definirse la verdad como deber ser racional (Moro).

Importa señalar, por último, que el renacimiento nórdico se reveló, desde el principio, como la conciencia del justo espíritu cristiano, unido a las *bonae literae*, y como la voz que denunciaba la corrupción del viejo flúido mágico y la impotencia del hieratismo eclesiástico para mantener vigorosas las esencias de un cristianismo vivo.

Resumamos los caracteres del renacimiento nórdico:

- A) Primacía de la realidad, entendida como naturaleza y razón, sobre la verdad.
- B) Primacía de la eideia, entendida como buen sentido, sobre lo irracional.
- C) Primacía de las figuras eidéticas sobre las plásticas.
- D) Primacía de la comunidad sobre el individuo. Típico sentir de comunidad. El Estado justificado en síntesis racionales.
- E) Primacía del poder político racional sobre el poder natural (Italia) o conferido (medieval).
- F) Sentir antitético del mundo medieval. Actitud crítica.

VIII

ACTITUD REVOLUCIONARIA DEL RENACIMIENTO NÓRDICO

Desde cualquier punto de vista, la más real aportación del renacimiento nórdico a la historia europea fue su actitud crítica o antitética capaz de incubar la primera gran revolución de Occidente. Esta postura crítica se produjo igualmente contra el *hieratismo eclesiástico*, contra la *sociedad contemporánea* y contra la *obra del renacimiento italiano*. En primer lugar, porque un ideal humanista que partiera de la naturaleza de las cosas, como es obvio, y de la avenencia entre razón y sensibilidad, tenía que chocar con la inamovilidad del espíritu hierático; en segundo lugar, porque la materialidad social y cultural no respondían a la ambición humanista, ni siquiera al ideal de un mundo medieval vivo, y en tercer lugar, porque el renacimiento italiano parecía pergeñarse con despreocupado olvido de los valores cristianos y el buen sentido.

La crítica se produjo inicialmente de una manera tímida y literaria, no ciertamente vacía de humor y sutilezas. Las individualidades humanistas comenzaron por atacar el principio de autoridad, que ocupaba lugar preeminente en la jerarquía hierática de valores. Seguidamente, la naturaleza del Ethos, en cuanto deducido de la autoridad; la salvación como vía formal, que no pertenece al individuo, sino a la organización espiritual terrena; la sabiduría en figuras lógicas, estancadas en los partimentos de la escolástica; el saber de salvación

convertido en minucias de frailes, y el estar en el mundo como administración del alma. Después, la corrupción real de la sociedad hierática, su desmesurado aprecio de la riqueza y la antinomia entre el verdadero espíritu cristiano y la obra del renacimiento italiano. Todo ello se hizo en nombre del buen sentido, en sutil intento de trabar las esencias originarias del cristianismo con el mundo de la paideia clásica. Por lo demás, el contenido de esta crítica estaba dado desde que el humanismo construyera un esquema de valores diferentes del medioeval. Bastaba sólo la osadía de compararlos.

La técnica de la crítica se proyectó en la intención dialéctica de llevar al absurdo las consecuencias del imperio teocrático corrompido, entre ironías, sarcasmos y el escándalo del honrado sentido común. Ello produjo, naturalmente, la sonrisa y regocijo de una sociedad que anhelaba la independencia y las formas civiles de vida. Sin embargo, es de advertir que nunca se atacó la fe, sino las personas y las instituciones. A este respecto conviene recordar la liberalidad de la censura eclesiástica, ceñida sólo a cuestiones de dogma. Las instituciones medioevales, aún hieratizadas, fueron bastante más liberales que el Estado moderno, ateniéndose a postulados muy concretos y delimitados. Cuando el censor eclesiástico se enfrentaba con nuevas interpretaciones, jamás pensaba que el resultado de la censura podía hacerle perder su puesto en el séquito del Papa o del Emperador; mirábalas, simplemente, como expresiones filosóficas o teológicas, refiriendo su apreciación a un esquema secular de saberes y creencias.

Asombra contemplar la decisión y la libertad de criterio que hubieron de necesitar los humanistas nórdicos para arremeter contra un sistema milenario. Las individualidades que lo hicieron tuvieron que sentirse respaldadas de algún modo por valores mágicos medioevales y por ideales racionales de validez general, es decir, por el viejo y el nuevo sentir. La sustancia mágica medioeval fue el fervor del pueblo, elemento mítico de tan sagrado vigor en los siglos medios; la racional, el buen sentido, la aparente justicia y la claridad eidética. La crítica humanista supo hacer actual la antigua fe y la futura esperanza, el instinto de salvación y la ambición de poseer la Tierra *secundum rationem*. Los ataques a Roma verificados anteriormente por Wycliffe (1320-1384) y J. Huss hubieron de fracasar por su contenido dogmático y su mofa de la fe, cuestiones que no podían atraer el entusiasmo del pueblo.

A través de la crítica ideológica, y solamente mediante ella, fue posible la conformación en fenómeno social y político de un proceso que pertenece por entero al reino de las ideas. El sentir renacentista residía ya en la conciencia de la burguesía; pero fue el choque con

Roma quien lo elevó a la categoría de realidad comunal y consciente. En el desarrollo de esta pugna crítica, vencida la timidez inicial de una sociedad que era vasallo milenario de Roma, la comunidad del Norte de los Alpes llegó a tener conciencia de sí misma, configurándose desde entonces como antinomia del mundo latino. Hegel afirma que el espíritu se supo entonces libre, y quiso lo verdadero, eterno y universal. Mas, dicho de forma más común y racional, podemos aseverar que la sociedad nórdica se halló entonces mayor de edad e independiente de la cultura eclesiástica, informando un ideal autóctono.

Miguel Espinosa.
A. Colón, 9, 2.º
MURCIA